

cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y, con esto, se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de Don Diego.

CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho, el rico, con el suceso de Basilio, el pobre.

APENAS la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié, y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase le dijo: "¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues, sin tener invidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á mas que á pensar tu jumento; que, el de tu persona, sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia." Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote, con el cuento de la lanza, no le hiciera volver en sí. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y, volviendo el rostro

á todas partes, dijo: "De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor, harto mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, ¡para mi santiguada, que deben de ser abundantes y generosas!—Acaba, gloton, dijo Don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdenado Basilio.—¡Mas que haga lo que quisiere! respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas, sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? Á la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. ¡Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio! y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil trepa de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento y zanja del mundo, es el dinero.—¡Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que concluyas con tu arenga! que tengo para mí, que, si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar.—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y, hasta ahora, me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde." Hizo Sancho lo que su señor le mandaba; y, poniendo la silla á Rocinante, y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho, fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña; y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres, ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número; los pájaros y caza de diversos géneros, eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques, de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció,

de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras, pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que, cosidos por encima, servian de darle sabor y enternecerle; las especias, de diversas suertes, no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero respondió: "Hermano: este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho; apeaos, y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.—No veo ninguno, respondió Sancho.—Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debeis de ser!" y diciendo esto, asió de un caldero, y, encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: "Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar.—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple." En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores, sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales, en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita, diciendo: "¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo!" Oyendo lo cual Don Quijote, dijo entre sí: "Bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso; que, si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria." De allí á poco comenzaron á entrar, por diversas partes de la enramada, muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba,